





Madame de Staël

La baronesa de la libertad



Xavier Roca-Ferrer

Madame de Staël

La baronesa de la libertad

Un retrato apasionado de
la madre espiritual de la Europa moderna



Berenice



«Esta obra ha recibido una ayuda a la edición del Ministerio de Educación, Cultura y Deporte.»

© Xavier Roca-Ferrer, 2015

© De esta edición: Editorial Berenice, S.L., 2015
www.editorialberenice.com

Primera edición: marzo, 2015

Director editorial:
David González Romero

Maquetación y corrección:
Deculturas S. Coop. And

Impresión y encuadernación:
Gráficas La Paz

ISBN: 978-84-15441-77-9
Depósito legal: Co-7-2015
Ibic: BGL

No se permite la reproducción, almacenamiento o transmisión total o parcial de este libro sin la autorización previa y por escrito del editor. Todos los derechos reservados.

Impreso en España / *Printed in Spain*

A la formidable autora de De l'Allemagne en el bicentenerio de su publicación, 1813-2013.

Las ciencias han debido siempre su origen a un gran talento. Smith creó la economía política, Linneo, la botánica; Lavoisier, la química; y Madame de Staël, al igual que ellos, ha creado el arte de analizar el espíritu de las naciones y los resortes que lo mueven..

Blackwoods Edimburgh Magazine,
diciembre de 1818

¿Por qué razón las opiniones en materia política y social de Mme. de Staël siguen interesando al hombre de hoy? Creo que porque el pensamiento ético y el racionalismo del siglo XVIII no han sido superados todavía como ideales: suponen la destilación de un conocimiento sobre la vida social acumulado a lo largo de siglos que permanece en su mayor parte válido. Mme. de Staël defendió la razón y el sentimiento. Consideró la civilización europea como un todo, no para oponerla a otras civilizaciones, sino para darle un lugar entre ellas. No creyó que la energía, la integridad y la grandeza de Europa dependieran de injusticias como el esclavismo o el imperialismo, ni que el fin de estas injusticias acabaría por reducir Europa a la impotencia. A veces se equivocó pero nunca por debilidad. Conoció el fracaso pero nunca cayó en la desesperación ni se mostró vindicativa. Fue muchas veces testigo de la derrota de la razón pero nunca dejó de considerarla un ideal. Como ella misma escribió en su libro sobre la revolución francesa: «A lo largo de mi vida todos los errores que he cometido en política se han debido a la idea de que los hombres siempre se moverían por la verdad si ésta se les exponía con el vigor necesario».

M. Berger. *Madame de Staël/On Politics, Literature and National Character*, edited by, Londres, Sidgwick and Jackson, 1964.



ÍNDICE

PRIMERA PARTE • 15

El idilio imposible (1766-1804)

LOS NECKER DE PARÍS • 17

EL BARÓN SUECO • 31

COPPET • 43

MADAME PIGMALION • 50

TIEMPOS DE INCERTIDUMBRE • 57

CONSTANT • 65

PARÍS DE FIESTA • 74

ENCUENTRO Y DESENCUENTRO • 88

PRIMEROS LAURELES • 95

ANTÍGONA Y CREONTE • 116



SEGUNDA PARTE • 135

El erizo de Circe (1804-1807)

GERMAINE IN GERMANIA • 137

EL ROMANTICISMO Y LOS HERMANOS SCHLEGEL • 150

EL RAPTO DE UN SABIO Y LA MUERTE DE UN DIOS • 165

EL ZOO DE COPPET • 177

EN EL PAÍS DEL LIMONERO EN FLOR • 189

BIONDETTA • 202

CORINNE Y LAS DOS FEDRAS • 214



TERCERA PARTE • 237

Aires de tormenta (1808-1812)

WIEN, WIEN, NUR DU ALLEIN... • 239

BRUMAS MÍSTICAS • 262

ANNUS HORRIBILIS • 276

LA COJERA DE ADONIS • 291
VÍSPERAS DE FUGA • 306
DE L'ALLEMAGNE • 320



CUARTA PARTE • 351
Amarga victoria (1812-1817)

EL LARGO VIAJE • 353
LA DISCRETA EMBAJADORA • 364
EL ERIZO ES UN DRAGÓN • 380
APOTEOSIS EN LONDRES • 390
JAQUE MATE • 400
EL INQUIETO REPOSO DE BELONA • 412
SIC TRANSIT GLORIA MUNDI • 428
ÚLTIMOS PAPELES • 439



EL JUICIO FINAL • 451



APÉNDICES • 473

I. JACQUES NECKER, BANQUERO, PENSADOR Y
TRES VECES MINISTRO DE FRANCIA • 475
II. LA ALEMANIA GEOGRÁFICA Y POLÍ-
TICA DE MME. DE STAËL • 478
III. HACIA UNA NUEVA CRÍTICA: MME. DE
STAËL Y SAINTE-BEUVE • 482



NOTA SOBRE LA TRADUCCIÓN DE LOS TEXTOS CITADOS • 493
BIBLIOGRAFÍA • 497
NOTA SOBRE EL AUTOR • 503
ÍNDICE ONOMÁSTICO • 505

Mi genio es mi pasión...

MME. DE STAËL

Siempre he sido la misma: alegre y triste; he amado a Dios, a mi padre y la libertad.

MME. DE STAËL A CHÂTEAUBRIAND

Si hubiese sido capaz de gobernarse a sí misma, habría gobernado el mundo ...

BENJAMIN CONSTANT SOBRE MME. DE STAËL

En su conjunto, las obras de Mme. de Staël parecen pertenecer a un tiempo nuevo. Anuncian cómo intenta guiar a la sociedad y a las letras hacia otra época: la época de los pensamientos fuertes, generosos, vivos, la de los sentimientos procedentes del fondo del corazón. Nos ha dado la idea de un literatura más hablada que escrita (...). He aquí cómo el arte de la literatura ha sido elevado por ella. Ya no volverá a ser nunca más una industria ociosa, un medio de despertar imágenes de una vana belleza en los corazones. Estará mucho más cerca de la vida y tendrá mucha más influencia sobre ella ...

MME. ALBERTINE NECKER DE SAUSSURE (1818)

Alguien debería, ya no celebrar, sino describir a la gentil señora de una casa siempre abierta, al alma de una sociedad siempre

variopinta y satisfecha, cuya creadora, desnuda de cualquier ambición y del artificio de las rivalidades públicas, parecía vivir solo para encantar a cuantos la rodeaban. Madre tierna y amada, amiga capaz de una generosidad sin límites, aunque siempre ilustrada, patrona caritativa de todos los desgraciados, vivirá siempre en el corazón de los que ella amó, alimentó y protegió. Su pérdida se sentirá más en los lugares donde fue más conocida. Permítase a un extranjero mezclar un lamento desinteresado a la aflicción de sus numerosos amigos, y al número mucho mayor de los que ella colmó de favores. En medio de las sublimes escenas que ofrecía a mi vista el Lemán, mi felicidad mayor debióse a poder admirar las hermosas cualidades de la incomparable Corinne.

LORD BYRON, CHILDE HAROLD, NOTA AL VERSO 478 DEL CANTO IV

La vida de Mme. de Staël es como un gran imperio que ella no cesó nunca de ocupar, de completar y de aumentar al igual que aquel otro conquistador, el que fuera su contemporáneo y opresor. Pero ella no se movió en un sentido material; su actividad infatigable no codició ni fue ocupando una provincia tras otra, un reino tras otro: fue, en cambio, en el dominio del espíritu donde no cesó de expandirse. Lo que ella quiso organizar a su alrededor fue una multiplicidad de ideas elevadas, de sentimientos profundos, de relaciones envidiables. En sus años de plenitud vital, de un modo instintivo y mediante una simpatía y una curiosidad impetuosas, aspiró a una amplia corte, a un imperio creciente de inteligencias y afectos, en el que no faltara nada importante ni gracioso, en el que todas las distinciones derivadas del talento, de la cuna, del patriotismo y de la belleza ocuparan un trono bajo su mirada: emperatriz del pensamiento, quería encerrar en sus libres dominios todos los privilegios conocidos. Cuando Bonaparte la atacó, lo hizo porque no podía soportar aquella rivalidad confusamente intuida que ella no paraba de exhibir sin darse cuenta.

SAINTE-BEUVE, PORTRAIT DE MME. DE STAËL (1835)

Al menos una de las visiones que se tienen habitualmente de Mme. de Staël es correcta: fue a la vez «clásica» y «romántica» (...). Madame de Staël alabó el sentimiento, la pasión y el entusiasmo tanto en el arte como en la vida. También se mostró «romántica» al abrazar la causa de la mayor de las minorías reprimidas de su época: las mujeres. Sin embargo en política se mostró moderada y «clásica», porque creía que el orden y la tranquilidad eran necesarios no solo para el progreso sino también para hacer posible la clase de existencia apasionada que quería para los individuos y las naciones.

M. BERGER (1964)

Escribir la vida de Mme. de Staël es intentar narrar varias existencias a la vez, una sola de las cuales serviría para llenar un libro entero y ganar para ella esa gloria que tan apasionadamente deseaba, no tanto por vanidad como para mantener en jaque a la muerte (...). En esta mujer extraordinaria (...) aparece muy pronto la inquietud (...) de saber que la vida es un sueño y la muerte la única realidad. La incertidumbre de la condición humana y su fragilidad son dos temas que reaparecen constantemente en sus novelas y en sus cartas (...). Así es como este sentimiento que tiene de la fugacidad de la juventud y de lo incompleto de todo destino humano se convierte en la causa de aquella agitación febril que asombró a sus amigos y a veces les fatigó, de aquel frenesí de vivir para olvidar la vida, de aquella necesidad de acción que la obliga a entregarse (...) a más de una empresa al mismo tiempo.

GHISLAINE DE DIESBACH, MADAME DE STAËL (1983)





PRIMERA PARTE

EL IDILIO IMPOSIBLE

(1766-1804)



LOS NECKER DE PARÍS

Parece imposible centrar la atención en una familia concreta sin hacer referencia a la famosa frase con que Tolstoi abre su *Ana Karenina*: todas las familias felices se parecen, pero las desgraciadas lo son cada cual a su manera, una opinión de la que Nabokov, el gran admirador del autor de *Guerra y Paz*, discrepaba absolutamente. Puesto que toca hablar de la familia Necker (la familia Necker «de París», es decir: la de Monsieur Jacques Necker, su esposa Suzanne Curchod y su única hija, Anne-Louise Germaine Necker, futura Mme. de Staël),¹ quizá algún lector impaciente quiera saber de entrada si la familia en cuestión merece ser descrita como feliz o desgraciada. La respuesta no es fácil. ¿Cabe hablar de la felicidad de un grupo humano, por restringido que sea, con independencia de la de cada uno de sus miembros.

¹ Había otra familia Necker que también aparecerá en el curso de esta historia: los llamados Necker de Saussure. El padre, Louis, era el hermano mayor (y único) de Jacques, y, tras unos inicios como tutor particular y profesor de matemáticas en Ginebra y un breve matrimonio con una tal Mlle. André, que murió muy pronto, se instaló en Marsella, donde se abrió camino en el negocio de la banca. En una época de especulación ilimitada se hizo millonario con enorme rapidez. Su fortuna le permitió adquirir una finca espléndida llamada «de Germany». Para rematar su éxito social, logró casar a su hijo, llamado Jacques como su tío, con la hija de una de las familias más distinguidas de Ginebra, Albertine de Saussure, tan sensata y discreta como impetuosa y alocada pasaba por ser Germaine, la prima de su marido. A pesar de la diferencia de temperamentos, ambas mujeres fueron muy buenas amigas. A Albertine N.d.S. se debe la primera nota biográfica que tenemos sobre Mme. de Staël, publicada en 1818, un opúsculo de valor incalculable para cuantos se han interesado por la baronesa de Staël.

Observada desde fuera, la de M. Jacques Necker, su esposa y su hija hubo de parecerlo por fuerza a cuantos la trataron. En París o en Suiza y gracias a la gran fortuna acumulada por el marido y padre, nunca les faltó nada en el terreno de lo material y siempre vivieron a lo grande. Además, sus tres miembros eran, cada uno a su manera, «seres excepcionales». Y, sin embargo, examinada la trayectoria vital de cada uno de ellos, tal vez habría que concluir que, paradójicamente, fue una familia «rica, culta, famosa y envidiada» formada por tres seres profundamente desgraciados.

M. Necker fue, para muchos, un brillantísimo economista tanto a nivel personal (supo hacerse con una gran fortuna sin delinquir ostensiblemente) como en el público (fue tres veces responsable supremo de las finanzas de Francia). También cabe considerarlo un hombre virtuoso, por no decir un auténtico filántropo, en un país que no era el suyo y que acabó pagándole muy mal. Sin ser francés, hizo posible que la fatídica convocatoria de los Estados Generales debida a su antecesor Brienne, que «tomó la decisión y echó a correr», se hiciera realidad y, con ella, el inicio del cambio en una Francia arruinada en lo económico y petrificada en lo político. A los ojos de su hija fue, además, la encarnación de la perfección humana en todos los sentidos.²

En cuanto a su esposa, Suzanne Curchod, había nacido en el seno de una familia pequeñoburguesa que descendía de hugonotes franceses en lo que hoy es el cantón de Vaud. Su padre era pastor. Desde muy joven destacó tanto por su hermosura (la llamaban *la belle Curchod*) como por su acendrada piedad, comprensible en la hija de un clérigo, y sus inquietudes intelectuales. A los dieciséis años era ya muy ducha en latín, bastante en griego, buena en matemáticas y ciencias naturales, y hábil con el violín y el clavicordio. Tras un romance fracasado nada menos que con el futuro historiador de la caída del imperio romano Edward Gibbon, fue rescatada de su monótona vida de institutriz, a la que la había condenado su precaria situación económica, por su ines-

² Véase Apéndice I: JACQUES NECKER, BANQUERO, PENSADOR Y TRES VECES MINISTRO DE FRANCIA.

perado matrimonio con M. Jacques Necker, que le proporcionó una vida auténticamente «de lujo» con la que nunca pudo soñar antes. En la capital de Francia, que, para los franceses, era la del mundo, reinó en un salón de intelectuales liberales en un palacete de la *rue* de Cléry, lo cual no le impidió seguir viendo en su propio cuerpo y en el de los que la rodeaban poco más que un montón de harapos sometidos a la «predestinación».

Poco a poco, lo que empezó siendo un salón «de tercera» en un París dominado por los más elegantes y consolidados de Mme. du Deffand o de Mme. Geoffrin, fue ganando en brillantez y prestigio a medida que su esposo se iba apartando de su profesión de banquero para embarcarse en una carrera política que prometía resultados olímpicos. A ello contribuyó no poco el hecho de que en 1768 fuera nombrado *resident* de la república de Ginebra en París. Desde que Suzanne empezó a tratarlo en la casa donde ejercía el humilde oficio de institutriz, vio en él a su genio tutelar. Pronto empezó a imaginarlo también en el papel de mesías salvador de una Francia cargada de problemas (empezando por su absurda adhesión al detestable credo romano), y, en una apoteosis final, en redentor económico de la humanidad entera. Valía la pena, pues, sacrificar la carrera literaria que siempre había deseado emprender en el altar de aquel ser casi divino que la providencia, en su bondad infinita, había regalado a la hija de un humilde pastor por razones inescrutables.

Los «viernes» de aquella «misántropa mundana», a los que acudían personalidades tan relevantes como Diderot, D'Alembert, Buffon, Grimm, Marmontel, Raynal, Galiani, Suard *et alii*, no tardaron en hacerse famosos.³ Aunque Mme. Necker nunca

³ Diderot y d'Alembert fueron los promotores de la famosa Enciclopedia, Buffon, un naturalista de talento, M. Grimm, un barón alemán afincado en París, amigo de los filósofos, que escribió sobre todo lo divino y humano, Marmontel, un historiador, gramático y poeta amigo de Voltaire (y enemigo de Rousseau), Raynal, un enciclopedista ateo autor de numerosas obras de historia que atacaban el despotismo, el clero y el colonialismo, Galiani, un pensador y economista de origen italiano admirador de Voltaire, y Suard,

abandonó el rigorismo calvinista que le habían inculcado desde la infancia (y en el que la secundaba decididamente su esposo), en su salón se reunían los librepensadores más audaces del París de la época. De todos modos, parece que procuraban evitar el tema religioso cuando ella estaba delante porque su severa anfitriona, que tan bien les trataba, nunca hubiese tolerado «la blasfemia ni la licencia» en su casa. ¡Era tan tiesa que las malas lenguas decían que Dios la había fabricado con almidón!

Cuando la severa Suzanne decidió iniciar su carrera de lo que hoy llamaríamos «animadora social» (o *salonnière*) con la mente puesta en favorecer la de su señor marido, renunció a la literaria que, desde su juventud, se había estado reservando para ella. Aunque siempre declaró a sus íntimos su intención de escribir una obra sobre Fénelon, arzobispo de Cambrai y enemigo de Bossuet, cuyo sospechoso quietismo acabó siendo condenado por la Santa Sede, lo cierto es que nunca llegó a empezarla. Con todo, nunca dejó de ser en sus muchos ratos libres una escritora compulsiva, cuyo estilo alambicado y pedante puede colegirse a partir de este breve párrafo en el que *únicamente* trata de describir el lago Lemán:

Aquí la naturaleza aparece tranquila como el alma del justo o, si el lago azul se agita de vez en cuando, lo hace para arrojar a la orilla los exquisitos peces que cubren nuestras mesas, fieles imágenes de las penas de un corazón honesto, que acaban siempre por producir un efecto útil.

Fiel al principio de *nullo die sine linea*, Mme. Necker dejó a su muerte un montón ingente de papeles escritos sobre *casi* todo que su adorado marido Jacques se ocupó de publicar en cinco volúmenes de *Mélanges*. En las reuniones de su salón se limitaba a escuchar y solo tomaba la palabra para, con mayor o menor suti-

un escritor y crítico literario francés de talante liberal, pero que, después de la revolución, defendió siempre el restablecimiento de la monarquía en Francia.

leza, inducir a sus huéspedes a reconocer (y proclamar luego *urbi et orbi*) las infinitas virtudes y méritos de M. Necker.

Aunque al principio confió en que la previsible actividad literaria de su hija Louise la compensaría por su renuncia a un puesto relevante en el parnaso de las letras y el pensamiento de su tiempo, pronto se dio cuenta con horror de que la pequeña nunca escribiría lo que a ella le hubiese gustado escribir, sino todo lo contrario. En sus relaciones con Louise, a la que consideraba tan hija de su espíritu como de su carne, le exigió siempre la perfección *en todo* y no toleró el menor fallo, la más leve infracción de las reglas que ella le dictaba. La mujer se había propuesto hacer de ella una Minerva calvinista de carne y hueso, pero, bastantes años después, cuando Mme. de Staël era ya una persona famosa en media Europa y sus admiradores la felicitaban por el éxito obtenido con su educación, respondía con un suspiro que le salía del alma: «No es nada, absolutamente nada comparado con lo que realmente quise hacer de ella».

De todos modos, el fracaso con el que, a su juicio, se saldó la educación de su hija no fue la única causa de la depresión irreversible en que se fue hundiendo la pobre mujer. Mme. Necker, *née* Curchod, nunca fue realmente feliz porque, en última instancia, *no había nacido para serlo*: imbuida de una auto-exigencia y una devoción rayanas en lo monstruoso, probablemente consideraba la felicidad terrena un estado vulgar y de mal gusto indigno de una persona tan excepcional como ella. Fue precisamente en el salón de su madre donde creció y se educó la hija del matrimonio, Anne-Louise Germaine Necker, futura baronesa de Staël-Holstein. Y, a lo largo de su vida, no logró nunca (y, probablemente, tampoco quiso) desprenderse de este espíritu «de salón» que había experimentado a su alrededor desde que se tuvo en pie.

En una sociedad tan poco democrática como la de la Francia de los Borbones, el «salón» había adquirido carácter de institución. Y, sin embargo, la importancia que tuvieron algunos salones en la preparación de la revolución y a lo largo de la misma es un hecho sobradamente reconocido. A falta de otros foros, en ellos se discutió acaloradamente de economía y filosofía política, se fraguaron pactos, se crearon partidos, se decidieron actitudes, se pla-

nearon golpes de estado, se criticaron medidas, leyes y decretos, se eligieron y destituyeron ministros y se tomaron decisiones que acabarían resultando decisivas al traducirse en acciones públicas. Y entre estos salones que podríamos llamar «comprometidos» del París de los ochenta destacó el de Mme. Necker, al que sucedió el dirigido por su hija Germaine, aunque durante algún tiempo funcionaron en paralelo.

La aparición de los «clubes» políticos, de los que, andando el tiempo, derivarían los primeros «partidos» (como el «de 1789», luego escindido entre el de los *jacobinos* y el de los *Feuillants*, o los de *Clichy* y de *Salm* durante el Directorio), hizo que los «salones» como centros de intriga, conspiración y politiquero perdieran importancia, pero no desaparecieron del todo, y el de Mme. de Staël tuvo una influencia recurrente en las épocas en que se le permitió existir, que nunca duraron mucho. Por más que hubo de sufrir las consecuencias dolorosas de la revolución, el despotismo napoleónico y el exilio, la hija de Necker consideró siempre como *su sociedad* el modelo aprendido desde su infancia en la *rue* de Cléry.

La futura Mme. de Staël nació el 22 de abril de 1766, el mismo año en que aparecieron los últimos volúmenes de la Enciclopedia y fue bautizada *Anne Louise Germaine* Necker. Louise, que así la llamaban de pequeña para abreviar hasta que su padre se inventó lo de «Minette», era una niña bajita, de piel morena, ojos brillantes y pelo castaño, según la recuerda su amiguita Catherine Huber, y tuvo una infancia fuera de lo común, si es que realmente tuvo una infancia. «Se diría que Mme. de Staël fue siempre joven, pero que nunca fue una niña», dijo de ella su prima Albertine Necker de Saussure, una de las personas que mejor la entendieron. Mme. Necker, que, como se ha dicho, había sido institutriz, decidió encargarse personalmente de su educación siguiendo al pie de la letra las instrucciones del *Emile* de J.J. Rousseau, cosa que en la práctica no hizo en absoluto.

Rousseau recomienda privar al educando de todo acceso a la cultura hasta los doce años para no «deformar» su espíritu; Louise, en cambio, era a los doce años una biblioteca ambulante que cantaba, tocaba el clavecín y declamaba *Andromaque* como

una profesional, pero que casi no conocía la luz del sol.⁴ La contribución más importante a la formación de la niña se debió a Mlle. Clairon, la actriz más famosa de la época, que ya andaba por aquel entonces de capa caída. Se encargaba, como es natural, de darle clases de interpretación, pues nada parecía apasionar tanto a Louise como el teatro.

Muy pronto las gracias de la *petite Necker*, que triunfaba a diario como un perrito amaestrado en el salón materno, se convirtieron en la comidilla y la admiración del *tout Paris*. Auténtico *Wunderkind* en todos los campos, Mlle. Necker se atrevía incluso a discutir de teología con el *abbé* Raynal, ateo reconocido. Louise iba regularmente a la comedia y a la ópera, a veces en compañía de Catherine, su única amiga, y había leído de cabo a rabo las tragedias de Racine, las novelas sentimentales de Richardson y las obras más emblemáticas de Rousseau. El culto a la sensibilidad y la emoción que predicaban estos autores, cada uno a su manera, determinó la educación sentimental de la niña de los Necker. Su madre, si realmente la amaba, lo disimulaba a la perfección, porque era, a pesar de su estricta fe calvinista o a causa de ella, una mujer de temperamento gélido y neurótico, y desde muy pronto vivió obsesionada por la idea de su propia muerte. Ni siquiera «le parecía correcto que la gente se riera en su presencia», como observó su sobrina Albertine.

Su padre, en cambio, la quería mucho, muchísimo más que a su esposa, cuya invencible frialdad hubo de notar muy pronto, y Louise (al que él empezó a llamar «Minette», por «Germaine») le pagó su amor con una adoración rayana en la idolatría. Incluso llegó a plantearse en su diario la posibilidad de suicidarse si su padre moría antes que ella. Todos los biógrafos coinciden en que el acontecimiento más importante de la vida de Germaine Necker, un suceso que iba a marcar el resto de sus días, tuvo lugar en 1779, cuando, a la edad de trece años, *se enamoró de su padre*. En la familia Necker todo funcionaba de una manera especial y también

⁴ Vale la pena señalar que M. Necker detestaba a Rousseau y su mujer odiaba la naturaleza.

este enamoramiento no habría de parecerse a ningún otro del que exista memoria.

Debido a su frágil sistema nervioso y a la falta de ejercicio, pero, sobre todo, al riguroso sistema educativo basado en el deber y el sacrificio al que la había sometido su madre desde su más tierna infancia, Louise/Minette sucumbió a los trece años a una fuerte crisis que empezó a manifestarse en unos aparatosos ataques de tos. El doctor Tronchin, otro suizo con fama de eminencia que había ido a establecerse en París, recomendó una alimentación sana, mucho aire libre y ejercicio y, por encima de todo, mucha libertad. Siguiendo sus consejos, la niña pasó todo el verano de 1779 en el dominio familiar de Saint-Ouen.

Aunque a la sombra de sus bosques y practicando con su amiga Catherine el tiro con arco (¡ambas disfrazadas de ninfas de ballet de Rameau, claro está!), Minette creció, ganó peso y recobró la salud física, nada cambió en su personalidad hipersensible y seguía echándose a llorar por cualquier cosa. Su padre, ministro desde 1776, iba a verla siempre que lograba escapar de sus compromisos y obligaciones, que eran muchos, y procuraba tomar parte en todas sus diversiones.

Catherine Huber, luego Mme. Rilliet-Huber, que pasaba mucho tiempo junto a su amiga convaleciente, recuerda que el hombre «jamás la criticaba, le dejaba hablar libremente todo el tiempo que quería, disfrutaba con su ingenio, aplaudía con entusiasmo sus actuaciones, la acariciaba, y regresaba a París satisfecho y con el ánimo renovado». Fue así cómo, sin proponérselo, Jacques Necker pasó a ser el cómplice de su hija y su favor declarado no hizo sino dar definitivamente al traste con la autoridad y los prejuicios sociales de la madre, a la que Louise acabó por detestar. La copiosa relación epistolar de ambos resulta profundamente reveladora: las cartas que el hombre escribió a su hija hasta su muerte ocurrida en 1804 rezuman comprensión y ternura y lo mismo puede decirse de las que Minette le dedicaba. La gran tragedia de la vida de Mme. de Staël, según repitió hasta la víspera de su muerte, fue «no haber podido casarse con su padre».

En julio de 1785 una Louise de diecinueve años escribe una

página en su diario que no duda en enviar a su progenitor para que, *si se atreve*, la lea. Dice así:

Ayer no escribí. Todavía estaba en la cama cuando mi padre vino a verme y le regalé la hora que reservo habitualmente para mi diario (...). No hablamos de nada en particular, pero todos los instantes de nuestra conversación estuvieron llenos de alegría y emoción. ¡Qué gracia la suya, qué encanto es capaz de desplegar cuando quiere! Algún día trazaré su retrato, pero para hacerlo con éxito, sería preciso reunir todas las cualidades que se pretenden describir, algo así como una universalidad (...). Pero ¿cómo es posible que a veces no haya armonía entre ambos, que a veces surja un enfado, un enfriamiento? ¿Cómo es que a veces descubro fallos en su carácter que dañan la dulce intimidad de nuestras vidas? ¿Será porque a veces quiere amarme como un amante mientras me habla como un padre? ¿Será porque yo quiero que esté celoso de mí como un amante mientras lo trato como a un padre? ¿Estará el origen de mi infelicidad en el combate de mi pasión por él y las inclinaciones naturales propias de mi edad que él pretende que sacrifique por completo? (...). De todos los hombres del mundo, él es el que desearía tener por amante.

El «combate» al que hace referencia no hizo sino ganar en intensidad tras la muerte de su madre ocurrida en 1794. Parece obvio que, desde su inicio, este culto que la futura Mme. de Staël dedicaba a la figura paterna tuvo mucho de exaltación de ella misma. La hija de un ser extraordinario sólo podía ser *extraordinaria*, como lo fue Palas Atenea, la diosa de la sabiduría hija de Zeus. Aunque Atenea, que nació de la cabeza del dios, partió con la ventaja de no tener madre.

Incapaz de vivir sin escribir (M. Necker la llamaba en broma *Monsieur de Saint-Écritoire*),⁵ en *Sophie ou les Sentiments secrets*,

⁵ Es curioso que M. Necker, tan progresista y liberal en tantos terrenos, no aprobara que las mujeres (empezando por su esposa y su hija) escribieran. Por ello, Germaine no tuvo un auténtico escritorio en su habitación hasta después de la publicación y el éxito de *Corinne* (1806), cuando su padre ya

drama escrito hacia 1784, una pupila *inglesa*, secretamente enamorada de su tutor, un hombre casado, rechaza aceptar el amor de un noble para consagrarse a su pasión ideal, en la que ya era secretamente correspondida sin saberlo. Finalmente la esposa no amada del tutor se retira de la escena para que éste y su pupila puedan declararse su pasión, confiando en que, con el paso del tiempo, se convertirá *únicamente* en una exaltada amistad. Conociendo a las partes interesadas, el jeroglífico no parece difícil de resolver. *Sophie* tuvo otro efecto, seguramente impensado, pero indudablemente beneficioso para su autora: la puesta en negro sobre blanco de un problema sentimental insoluble (en este caso el amor imposible de una hija por su padre, aquí disfrazado bajo la figura del tutor) le ayudó a conjurarlo y a relegarlo a un segundo plano al convertirlo en una especie de culto casi religioso del que ella era la primera (y seguramente única) devota, del mismo modo que, diez años antes, la redacción de *Werther* (1774) había sanado al joven y arrogante Goethe de la calabaza que le había servido Charlotte Buff, una «calabaza dorada» que le hizo famoso en toda Europa.

Sea como fuere, como ha señalado agudamente S. Balayé,⁶ Germaine vivió bajo la sombra gloriosa de su padre una especie de amor perfecto que no exigía a las partes esfuerzo alguno. Aunque creció ante la admiración de todos, ella solo admiró a un hombre que fue, a sus ojos, tanto el único estadista capaz de meditar a la vez sobre las opiniones religiosas y las finanzas de Francia, como la imagen del hombre perfecto en la esfera privada. Todavía en 1810, seis años después de la muerte del ex ministro, escribirá a un amigo: «Nací bajo los rayos de la gloria de mi padre y noté que hacía frío en la sombra».

Lo que más asombraba a cuantos conocían a los Necker (y no

había muerto. Todo lo que escribió antes fue redactado a salto de mata en el comedor, en el salón, en la cocina, en la cama, en el jardín y Dios sabe dónde...

⁶ Balayé, S., *Madame de Staël: Lumières et liberté*, París, Éditions Klincksieck, 1979, p. 19.

pocos se burlaban de ello) era la curiosa «unión hipostática», por decirlo de algún modo, que reinaba entre los tres miembros de la familia que ahora ocupaba, por voluntad del rey, el hotelito de la *rue Neuve des Petits Champs*. Cada uno de ellos parecía adorar a los otros dos en medio de un coro de admiradores que tocaba el órgano y cantaba himnos de alabanza en torno a ellos para celebrar la gloria excepcional de aquella prodigiosa Trinidad terrena.

Aunque Jacques Necker fue durante su segundo ministerio (1788-1789) el verdadero organizador de los Estados Generales que había convocado su antecesor Brienne, arzobispo de Toulouse, y quien, en definitiva, permitió que los mil doscientos representantes de la nación (con doble representación del Tercer Estado) se integraran en una sola asamblea y votaran juntos para asegurarse la victoria del voto burgués, las cosas no salieron tal como había imaginado.

Cuando Luis XVI aceptó finalmente la convocatoria de los Estados Generales, «estaba presentando su dimisión», como advirtió el joven conde de Ségur, hijo del ministro de la Guerra. A partir de aquel momento, el reino dejó de sentirse gobernado, salvo por una opinión pública cuya fuerza aumentaba de día en día a medida que iba obteniendo concesiones de un régimen en liquidación. Germaine, ciega a todo lo que no fueran los méritos de su padre, en cuyo poder taumatúrgico confiaba ilimitadamente, parecía entusiasmada. Estaba convencida de que se preparaba el nacimiento de una «nueva Francia», en la que tanto ella como su clase social iban a tener un papel preponderante. No puede decirse lo mismo de su madre, Casandra implacable. «Amor a la patria, humanidad, términos vagos y carentes de sentido que los hombres han inventado para ocultar su falta de sensibilidad bajo la cobertura del sentimiento», escribió en su diario. El tiempo acabaría dando la razón a la pesimista hija de pastor.

Poco a poco, el poder político se desplazó de Versalles a París, y los últimos años de Luis XVI representan algo sin precedentes en la historia del continente: el pueblo había dejado de creer en un absolutismo de derecho divino y nadie era capaz aún de prever el despotismo popular que aparecería con el Terror. Los intelectuales liberales, cogidos entre dos fuegos, se apartaron decididamente

del absolutismo bajo el que nacieron, pero muchas de sus mejores cabezas estaban destinadas a caer bajo la guillotina del Incorruptible. Por otra parte, aunque Necker había defendido siempre para Francia una constitución como la inglesa, ni los reyes ni el Tercer Estado sentían ningún entusiasmo por la idea.

Cuando, en un alarde de sentido común y de patriotismo, el demagogo Mirabeau, buen amigo de la reina, convertido en líder de los representantes de la burguesía en la Constituyente, intentó llegar a un acuerdo con Necker, éste, víctima de una ceguera imperdonable fruto de su vanidad, lo despreció olímpicamente. A continuación, con sus dudas y cambios de opinión sobre el borrador de la constitución que se estaba redactando, acabó ganándose también el odio de los realistas, y cuando María Antonieta, la que fuera su defensora en 1775, pasó a considerarlo también un traidor a la corona y a asimilarlo a los jacobinos, la suerte del autor de las mil quinientas páginas de un tratado sobre la administración de las finanzas de Francia estaba echada. A principios de julio de 1789 el rey no se limitó a despedirlo sin contemplaciones sino que le ordenó que abandonara el país «sin hacer ruido».

Sin embargo, nadie contaba con la explosión de violencia popular que culminó el 14 de julio con la toma de la Bastilla y la muerte de sus defensores en presencia de los bustos «gloriosos» de Necker y del pretendiente orleanista y luego regicida Felipe *Egalité*. Fue la reacción (¿espontánea?) del *bon peuple* al enterarse del cese fulminante de *san* Jacques Necker, el defensor de los humildes y los oprimidos. El suceso, que habría de dar lugar a la fiesta nacional de Francia, propició su tercer ministerio. La noticia de que el rey y la corte, muy asustados por lo que acababa de ocurrir, le devolvían su cargo alcanzó al cesante en Basilea, desde donde regresó inmediatamente a París, aunque con el ánimo lleno de los más negros presagios. Mme. Necker se había opuesto a su aceptación, pero el criterio de su obstinada hija, que no deseaba otra cosa, se impuso. Para su sorpresa, la ciudad entera lo recibió en calles, ventanas y tejados como al más amado y deseado de los héroes: aquel día fue para su adorada Minette el más feliz de su vida y, también, como no se

cansó de repetir de palabra y por escrito hasta su muerte, *el último día feliz de su vida*.

Pero a los pocos días de la triunfal entrada en la capital del venenado M. Necker, la toma de Versalles por la chusma de París y el salvamento de la pareja real por la Guardia Nacional mandada por La Fayette determinó que el hermoso general que había hecho la guerra de América sustituyera en el corazón de los revolucionarios liberales (y de no pocos monárquicos) al taciturno ex banquero. Para aplacar las iras del pueblo Mirabeau, que nunca perdonó la humillación que le había hecho sufrir el «usurero suizo», hizo aprobar en la Asamblea la confiscación de los bienes del clero y de los emigrados, una medida que iba a resultar catastrófica para la economía de la nación. A pesar de oponerse contundentemente a ella, Necker no dimitió y el 21 de julio del año siguiente presentó un informe sobre los resultados de su administración que no convenció a nadie. Dos meses después, el 2 de septiembre de 1790, un nuevo levantamiento popular iniciado en la Comuna de París para protestar contra la amnistía general que se acababa de proclamar, atacaba por primera vez las oficinas del hasta entonces intocable encargado máximo de las finanzas de la nación.

Obedeciendo al miedo y a los consejos interesados de La Fayette, los Necker huyeron una vez más a su refugio de Saint-Ouen, desde donde el pobre Jacques presentó su dimisión al monarca a cuyo tesoro había prestado, en un gesto de generosidad sin precedentes (pero al 6 % de interés), dos millones de francos (¡la mitad de su patrimonio en aquella fecha!) para hacer frente a una bancarrota anunciada. Cuatro días después el matrimonio partió a Suiza. Jacques Necker no volvería a ser ministro ni a participar en la política de Francia nunca más.

Su hija no les acompañó porque acababa de dar a luz. Desde el 14 de enero de 1786 Mlle. Germaine Necker había pasado a ser, gracias a su matrimonio con el embajador de Suecia ante la corte de Versalles, la baronesa Mme. Germaine de Staël-Holstein. Sorprende que, a pesar de este amor tan apasionado como ambiguo que Minette dijo siempre sentir por su padre, en cuanto logró la tan anhelada independencia al casarse con el barón de Staël, todo lo que hizo pareció dirigido a desagradar a su ídolo. Se diría

que su inconsciente se propuso vengarse de aquel hombre que no había podido ser, por el hecho natural de haberla engendrado, ni su marido ni su amante. Afortunadamente Jacques Necker era un dios benévolo que perdonaba siempre.